

Rosa BASANTE POL. Enfermedad y muerte de una reina de España. Bárbara de Braganza (1711-1758) [Monografías CSIC, 36]. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Instituto de Estudios Madrileños, 2011. 293 pp. [ISBN: 978-84-00-09331-0]

Antonio González Bueno

Hace apenas unos meses Rosa Basante nos regalaba un interesante estudio sobre la salud de Fernando VI y su entorno familiar [La demencia de un rey: Fernando VI (1746-1759). Madrid. Real Academia Nacional de Farmacia, 2010]. Siguiendo la misma metodología de trabajo, nos presenta ahora un análisis de su esposa, Bárbara de Braganza (1711-1758).

La autora entiende el término de salud dentro de una concepción clásica; no se interesa sólo por el estado de las funciones orgánicas de los individuos, sino que –al modo griego, al modo en que el término se contemplaba aún en la España ilustrada- nos ofrece un apasionado y documentado recorrido por todas las ‘causas morbosas’ que Galeno, siguiendo el pensamiento estoico, concibió para definir el estado de salud: los seis pares de ‘causas externas’ (aire y ambiente, comida y bebida, trabajo y descanso, sueño y vigilia, excreciones y secreciones, y afectos o movimientos del alma) que actúan sobre el cuerpo para provocar la enfermedad; como Galeno, tampoco olvida las ‘causas internas’, la disposición constitucional del individuo para padecer el mal, ni las sinérgicas surgidas del efecto conjunto de las externas e internas. No extraña así la importancia que la autora concede a la descripción física del personaje, a sus gustos y aficiones, o a las situaciones –personales o sociales- que le provocaron molestias o rechazos.

Adentrarse en el mundo personal e íntimo de Bárbara de Braganza supone hacerlo en la vida de la Corte; no sólo en las comidas o en los viajes, también en el mundo de los sentimientos: en el de las filias y fobias de sus cortesanos, en el de los favores pedidos y debidos, en el de las ligazones políticas y las intrigas palaciegas.

Rosa Basante, nos introduce en este complejo mundo a través de nueve capítulos: en el primero nos desgrana los mecanismos diplomáticos que llevaron a una princesa portuguesa a convertirse en reina de España; en el segundo nos presenta la vida cortesana en el Palacio de Madrid: desde el amor de los Reyes por la ópera hasta las viandas servidas en la mesa regia y, por supuesto, las intrigas: en particular las tejidas por Isabel de Farnesio, la reina viuda, desde su obligado retiro

de La Granja, para cuyo análisis se sirve de la interesante correspondencia mantenida con su hija, la infanta María Antonia Fernanda, la menor de sus vástagos concebidos de Felipe V. En el tercer apartado nos describe los viajes de la Corte a los Reales Sitios, tan poco gratos a Bárbara de Braganza pero tan útiles en la mentalidad sanitaria ilustrada: Aranjuez fue el lugar preferido de la Reina, la música programa para ella en sus jardines y los paseos por el Tajo la colmaron de felicidad; pero soportó estoicamente las estancias en El Escorial y las partidas de caza que en aquellos bosques disfrutaba el Rey, tan alejadas de su estética y de su gusto.

Descrita la vida cortesana, nos presenta un el panorama sanitario en la España de los años centrales del XVIII; tras una síntesis de carácter general sobre la terapéutica del período nos acerca a algunos de los medicamentos de los que hará uso la corte madrileña: el agua, las víboras, la leche de tierra, los polvos de Infantiglioli, el bálsamo de Tembleque, la enjundia humana o la sorprendente triaca; productos cuya acción es difícil de entender si no se acude al carácter mágico de su empleo. Y, por supuesto, a las sangrías, terapia tan poco útil como generalizada en estos años, que tanto hizo sufrir a Bárbara de Braganza y su corte.

Y de los medicamentos a la botica y al trabajo de los boticarios; o si se prefiere a las boticas, pues la autora nos ofrece un cuidado análisis de la Real Botica madrileña, pero también del trabajo del boticario en El Pardo, San Lorenzo o Aranjuez, incluso de las particulares condiciones de la asistencia farmacéutica dispensada a la reina viuda Isabel de Farnesio en su propia corte de La Granja de San Idefonso. El análisis de las boticas reales no se limita a la relación de los productos en ellas conservados, o a los procesos de preparación de medicamentos; como en el resto de la obra, la autora nos lleva más allá de lo estrictamente profesional para adentrarnos en los problemas personales y jurídicos de estas dependencias y, de nuevo, en el impacto que las rencillas cortesanas tienen sobre todas las funciones, incluidas las del ámbito sanitario.

Los tres últimos capítulos quedan expresamente centrados en la salud de Bárbara de Braganza; en el primero analiza las patologías de la Reina, dedicando especial atención al último decenio de su vida, utiliza para ello los –no pocos– informes médicos disponibles, elaborados tanto desde dentro como desde fuera de la Corte; en el segundo nos relata los medicamentos recetados para vencer sus males: desde las víboras o las aguas medicinales traídas de Sacedón, Pórtugos o Arnedillo, hasta los preparados más habitualmente elaborados para ella: jarabes de violetas, píldoras de antimonio, pociones laxantes, tisanas anticólicas, etc. Los momentos de agonía pasados en su última residencia, el Palacio de Aranjuez, son analizados a través de la profusa correspondencia mantenida entre el infante Luis Antonio y su madre, Isabel de Farnesio; son las páginas que preceden a la

descripción de su cenotafio y del edificio destinado a albergarlo: el convento de las Salesa Reales, donde encontró definitivo descansó bajo los acordes que su apreciado José Blasco de Nebra compusiera para sus honras fúnebres.

El texto, de amena lectura, oculta un arduo trabajo de archivo; como en los buenos tapices, la armonía del dibujo nos hace olvidar la dura urdimbre que lo sujeta; y aquí el texto queda urdido por una amplia base bibliográfica y documental procedente, en mayor medida, de los archivos General de Palacio e Historia Nacional de Madrid pero también de otros, como el del Real Jardín Botánico, el Histórico de Protocolos de Madrid, el General de Simancas o el propio de la Real Academia Nacional de Farmacia.

Precede al texto un esclarecedor prólogo de Francisco Javier Puerto Sarmiento, en el que se incardina la obra dentro de las actuales tendencias historiográficas.